

ción de María. Por eso es que en el Programa ó Directorio de dichas solemnidades, refiriéndose á los Actos RELIGIOSOS, se dijo lo siguiente:

“Septiembre 27. Honras fúnebres en la Santa Iglesia Catedral por el Illmo. Sr. D. Fray Antonio de San Miguel, sirviéndose Pontificar nuestra Dignísimo Metropolitano y predicar la Oración fúnebre el Sr. Prebendado Lic. D. Félix M. Martínez.”

Consecuente con esa determinación, fué el invitatorio que se dirigió á las principales personas de la ciudad, concebido en estos términos:

“En representación de nuestro Illmo. y Rev. Metropolitano y del M. I. V. Sr. Deán y Cabildo, tenemos la Satisfacción de invitar á Ud. y á su muy estimable familia para que se sirva concurrir á las Honras Fúnebres, que por el Insigne Benefactor Illmo. y Rev. Sr. D. Fr. Antonio de San Miguel, habrán de celebrarse en la Santa Iglesia Catedral Metropolitana, el 27 del corriente, á la 8 30 a. m.

“Se dignará officiar de Pontifical nuestro Dignísimo. Prelado el Illmo. y Rev. Sr. Dr. D. Atenógenes Silva y dirá la Oración Fúnebre el Sr. Prebendado Lic. Don Félix M. Martínez.

Morelia del S. Corazón, Septiembre de 1904.—Lorenzo Olaciregui.—José Córdoba.—José Luna Menocal.”

Obsequiando gustosa tan respetable invitación la sociedad moreliana, concurrió en masa el día y hora designados á la Catedral Metropolitana, la cual presentaba un aspecto admirable y magestuoso.

En el centro de la nave de enmedio se levantaba un arrogante catafalco de elevadas dimensiones, pintado de negro y blanco, imitando el mármol; en los cuatro ángulos del zócalo, circundado de una barandilla, esta-

ban colocados sobre pedestales, otros tantos ángeles vestidos de luto, en actitud doliente, que son los mismos que sirven al Santo Entierro en el templo de las Monjas Catarinas. En la cara del pedestal que veía al frente, se leía esta inscripción latina:

BENEFISENTISSIMO. PRAESVLI
D. D. FR. ANTONIO. DE SAN MIGVEL
ANNO. CENTESIMO
EX. QVO. VITAM. COMMVTAVIT
MECHOACANENSIS. ECCLESIA.
ADHVC. LVCNS.

Sobre la ancha cornisa del pedestal se colocó una mitra que ostentaba á uno y otro lado en direceión diagonal y formando ángulo en su extremidad inferior, un báculo pastoral y una cruz. En medio de las columnas de orden corintio, que se elevaban á uno y otro extremo, se colocó el retrato de cuerpo entero, pintado al óleo sobre lienzo y de tamaño natural, del Ilustre difunto, cuyo retrato pertenece á la galería de cuadros que se conserva en los salones de Haceduría de la Catedral. En ese retrato se ve al insigne prelado en actitud de dar la bendición con la mano derecha: es morado el vestido y se divisan en el fondo del cuadro las mitras que ciñeron su frente: la de Comayahua y la de Michoacán.

La faz de Fray Antonio es sonrosada, se refleja en ella una inefable dulzura, y su mirada es apacible: es esbelta la talla de su cuerpo, su postura erguida aunque sin afectación.

El monumento terminaba con un ático en cuyo extremo se veía una cruz latina sobre un mundo.

La mitra de que antes se ha hablado reposaba sobre un cojín de terciopelo, teniendo á un lado la bandera española, y del otro la mexicana. Sobre la parte supe-

rior del retrato caía una cortina negra, recogida por los lados.

El catafalco estaba alumbrado con gruesas velas de cera, puestas en candeleros metálicos, y en su derredor sobre el pavimento, varios blandones sosteniendo robustos cirios.

Pendían del cimborrio anchas bandas negras, cayendo en forma de gajos, cuyos extremos inferiores se ataron á las pilastras que sostienen la bóveda del templo, las cuales, así como las que se encuentran en los lados junto á los muros del edificio, se cubrieron con cortinas de luto. En esas mismas pilastras laterales se colocaron grandes escudos figurando en el centro una mitra con báculo y cruz, y banderas españolas y mexicanas en su parte inferior. Todas las puertas ostentaban elegantes cortinajes con franjas blancas.

En el muro norte que ve al altar mayor, se puso un coro sobre sostenes de hierro, cuya barandilla estaba cubierta de una ancha cortina negra, recogida á trechos.

Todo el interior del templo presentaba, en fin, un aspecto lúgubre, cual convenía á la solemnidad que iba á verificarse.

Los concurrentes de uno y otro sexo se presentaron vestidos de riguroso luto. Asistieron también muchos sacerdotes, los alumnos del Seminario y los del Instituto del Sagrado Corazón de Jesús, precedidos de sus respectivos superiores. En esta virtud, la concurrencia fué numerosísima y muy selecta.

Hablando del acto religioso dice un testigo presencial lo que en seguida copiamos: (2)

“Un poco antes de las nueve salió de la sacristía, para dar principio á la Vigilia, el Illmo. y Rmo. Metropoli-

² Francisco de P. Lemus. “El Pregonero,” núm. 9: año 4^o Octubre de 1904.

tano, precedido de la Cruz alta, Colegio Seminario, Capellanes de Coro y V. Cabildo, acompañado del Illmo. Sr. Dr. D. Leopoldo Ruiz, que ofició de Pontifical, y del Illmo. Sr. Dr. D. Homobono Anaya.

La Vigilia fué desempeñada por dos numerosos grupos de voces, uno de ellos situado en el coro capitular y el otro en el local que se prepara para recibir el nuevo órgano que próximamente se instalará.

Ambos grupos cantaban alternativamente, en canto llano, los versículos del primer salmo de la Vigilia, siendo muy notable el perfecto acuerdo con que caminaban, tanto en la pronunciación de las palabras del texto como en la emisión y fuerza de la voz; pero fué mucho más notable y digno de grande elogio el canto del segundo salmo, en el cual, el grupo del coro capitular cantaba un versículo en canto llano, alternando el otro grupo el siguiente en canto polífono.

El efecto de esta combinación fué bellissimo, no solamente por la lejanía en que se encontraba el grupo del coro capitular, cuyo canto semejaba lastimeros ayes, sino por el bello contraste que hacía en el extremo opuesto del templo el otro, cantando á su vez otros versículos á cuarteto, cuya seguridad y afinación fueron muy notables. El efecto que producía el contralto llevado por niños, con gran firmeza de tono y seguridad de notas, fué sorprendente.

El tercer salmo se cantó como el primero; las antifonas que precedían á los salmos fueron bien cantadas, aunque con demasiada lentitud; el *Dies iræ* y demás partes de la Misa se desempeñaron en canto polífono.

El conjunto del cuarteto estuvo soberbio, no sólo por la seguridad y aplomo con que marchaban las partes, haciendo cada una, oportuna y fielmente, los *crescendo* y *decrecendo* que convenía, sino muy principal-

mente (esto fué lo más notable) por la cuidadosa y esmerada observación que, se notaba, hacía cada parte respecto de las otras. Se pudo notar bien claramente que esos grupos fueron gobernados por mano maestra.”

Terminada la misa, nuestro Ilustre Metropolitano, en unión de los Señores Obispos y capitulares que le acompañaban, tomó asiento frente á la pira y cerca del púlpito para oír la oración fúnebre que iba á pronunciar el Sr. Prebendado Lic. D. Félix M. Martínez.

Efectivamente, el distinguido orador ocupó la sagrada Cátedra, y tomando por epígrafe aquellas palabras del profeta Isaías: “Erit sepulcrum eius gloriosum,” comenzó su discurso con este bellissimo exordio:

“¿Qué puede haber, Señores, de común entre la gloria y el sepulcro? ¿No es allí la perpetua morada del silencio y del olvido? ¿No es el último suspiro la postrera y más angustiosa despedida que el hombre se dirige á sí mismo, antes de que una mitad de su ser vaya á confundirse con el polvo de la tierra? ¿Y quién podría descubrir grandeza ó excelsitud alguna ante esa triste mitad, que primero es cadáver frío, inmóvil, inflexible, después un hacinamiento informe y pestífero, y por último, un puñado de ceniza que arrebatan los vientos?”

Que vaya, pues, en buena hora la elocuencia á ponderar el valor indomable de los guerreros, las portentosas hazañas de los conquistadores, la previsor y hábil política de los gobernantes, las estupendas invenciones de los sabios, la intuición soberana del genio y hasta la brillante y fecunda imaginación de los poetas; pues aunque todas esas grandes pequeñeces no son sino pura vanidad y aflicción inconsolable de espíritu, deslumbran sin embargo con sus alhagadoras apariencias y suscitan á veces pasajeros entusiasmos. Pero ante el anonada-

miento profundo de la muerte, la elocuencia, por más esfuerzos que haga, nunca podrá sino enmudecer ó prorrumpir en sentidas exclamaciones, contemplando á qué abismo de miseria fué lanzado por la ira de Dios el orgullo insensato del hombre.

Por eso, si tuviera yo que alabar á un prócer de este mundo, no mencionaría su muerte para lamentarla; y en cuanto á los hechos de su vida, apenas imagino cómo pudiera enaltecerlos. Pues para mí, Señores, no existe otra grandeza sino la que nace de Jesucristo y se funda en El, y por eso sobrevive á todo, y se aquilata con la muerte y por ella recibe su más alta glorificación en el cielo y en la tierra.”

Hace luego el orador el panegírico del insigne Prelado; habla de sus virtudes y enumera los múltiples beneficios que hizo á esta ciudad en épocas aciagas, y concluyó su brillante peroración con estas palabras:

“Así, pues, en el dignísimo prelado que me ha cabido la dicha de elogiar, se reflejan todos los caracteres de la angusta personalidad de Jesucristo: dejó todo por nosotros y se dió todo á nosotros. Por eso vive y vivirá siempre en el corazón de las generaciones, y los siglos venideros han de contemplar su sepulcro perennemente circundado de gloria, *erit sepulchrum eius gloriosum.*”

La concurrencia salió profundamente conmovida, quedando en su corazón un tierno recuerdo de aquella espléndida solemnidad que formará época en nuestra historia.

Ese mismo día circularon con profusión unos impresos contenidos en estos términos:

“MORELIANOS:—Hoy celebra esta ciudad el primer centenario de su gran benefactor, del hombre insigne que, entre otros bienes, le trajo el muy señalado de dotarla de agua potable. Con tal motivo, y como un

recterde de gratitud, se iluminará profusamente el acueducto que debemos al Ilmo. Señor Don Fr. Antonio de San Miguel Iglesias, invitándose á todos los habitantes de Morelia al paseo y serenata que se ha organizado para esta noche, en el Bosque de San Pedro, en honor de tan ilustre bienhechor.—Morelia, 27 de Septiembre de 1904.”

En efecto, toda la arquería se había adornado de vistosos farolillos y había gran entusiasmo por concurrir al paseo anunciado; pero una fuerte lluvia hizo que se desgraciara enteramente.

La velada que se había anunciado para el expresado día 27, se trasladó para el 11 de Octubre, á cuyo efecto se repartieron las correspondientes invitaciones, que decían así:

“El día 11 del presente mes á las 7 p. m. y en el Colegio Teresiano, se celebrará una Velada Artístico-Literaria en honor del insigne Benefactor Fr. Antonio de San Miguel.

Nos honramos invitando á Ud. y á su distinguida familia para que se sirvan concurrir al acto referido.

Si, como lo esperamos, se dignan Udes. aceptar nuestra invitación, obligarán más nuestra gratitud y profunda consideración.

Morelia del Sagrado Corazón, Octubre de 1904.—Francisco Banegas Galván.—José Córdova Piedra.—Benjamín González.—Nicolás Corona.—Francisco Elguero.—Nemesio Ponce.—Ramón Ramírez.—Felipe Iturbide.—Enrique Arreguín.—Manuel García Gómez.”

En la noche del día citado en la invitación, se veía el interior del magnífico edificio del Colegio Teresiano de Guadalupe, espléndidamente iluminado y elegantemente adornado. En el primer patio que es demasiado amplio, se formó un suntuoso salón con el nú-

mero de asientos correspondiente para instalar la concurrencia. En el lado que ve al Sur se puso un sitial donde se colocaron los Señores Arzobispo, obispos y capitulares; en el que mira al Oriente se situó la orquesta; y en el del Norte, la tribuna para los oradores. En el exterior de los arcos, con letras de oro, se inscribieron los nombres de los Illmos. Sres. Ramón Ibarra y González, Ignacio Díaz, Homobono Anaya, Filemón Fierro y Terán, Rafael Amador, Manuel Rivera, etc., etc., que vinieron con el objeto de asistir á las fiestas de la Inmaculada. Pendían de los mismos arcos, cortinas azules y blancas, y del barandal de la parte superior, vistosos lazos de flores: una magnífica alfombra cubría el pavimento, y un toldo de lona que se puso en el cornizamiento de la azotea resguardaba del viento y de la intemperie.

En el momento que se presentó el Ilmo. Sr. Silva con los demás Sres. Obispos y personas que le acompañaban, dió principio el acto que tuvo lugar conforme al siguiente

PROGRAMA.

- I. Teer Gynt Suite.—Grieg. por la orquesta.
- II. Discurso, por el Sr. Canónigo Lic. D. Francisco Nieto.
- III. (A.) Minueto—R. Castro.
(B) Arlequin.—Chaminade, por la Srta. Inés Campuzano.
- IV. (A.) Mazurca. Op. 12.—Wienhauski.
(B.) Leyenda Op. 17 Violín y piano, por los Sres. Pbro. Eduardo Ortiz y Prof. Francisco Buitrón.
- V. Poesía por el Sr. José Elguero.
- VI. Aria. Policinella. Por los párvulos del Colegio Teresiano.

SEGUNDA PARTE.

I. Rapsodia húngara. Núm. 2.—Liszt. Ejecutada por la orquesta.

II. Discurso, por el Sr. José Ugarte.

III. 1^{er} Acto de la zarzuela "La Gruta de Lourdes." Ejecutada por las alumnas del Colegio Teresiano.

IV. Inquietud.—Peiffer. Por la Srta. Amalia Chávez Tello.

V. 2^o acto de la zarzuela.

VI. Poesía por el Sr. Fidel Silva.

VII. Trema Oh Vil. Canto por las alumnas del Colegio Teresiano.

Con gusto insertaríamos algunos trozos de los discursos y poesías que se recitaron en esa velada; mas nos esquivamos de ello por no hacer demasiado extensa esta reseña; sólo diremos que todas las personas que tomaron participio en ella, desempeñaron perfectamente su cometido, y recibieron justos y atronadores aplausos.

De esta manera tan fastuosa y tan digna fué como nuestro ilustre Metropolitano solemnizó en esta ciudad el primer centenario del caritativo y jamás olvidado Fr. Antonio de San Miguel; más no se limitó á esto sólo su munificencia, sino que á efecto de que su ovación coincidiera con los sentimientos generosos de aquel Prelado, quiso obsequiar á los pobres con un banquete y piezas de ropa.

Refiriéndose á éste, dijo el "Progreso Cristiano" en su número 83 del tomo II correspondiente al 23 de Octubre, lo que en seguida copiamos:

"El mismo salón en que habían tenido lugar las veladas, se vió transformado como por ensalmo, en régio comedor, el día 12 por la mañana. Las Señoritas más distinguidas de la sociedad, que pertenecen á la Confe-

rencia del Sagrado Corazón, las Mesas Directivas de las otras Conferencias y las alumnas internas del Colegio Teresiano, sirvieron un opíparo banquete á 2,000 pobres.

A presenciar este acto asistieron varios Prelados, sacerdotes y familias.

Fué gratísima la impresión que á todos los asistentes produjo el ver las extensas mesas llenas de pobres, y á las elegantes damas que les servían con verdadero cariño maternal y mucha edificación.

Al comenzar la comida, dió la bendición el Ilmo. Sr. Obispo de Tamaulipas, Don Filemón Fierro, y pronunció una sentida alocución el Ilmo. y Rmo. Sr. Silva.

Durante todo el acto estuvo tocando hermosas piezas el Sexteto Michoacano, y al final pronunció una poesía el Sr. Lic. D. Agustín G. Navarro."

Aunque no como parte integrante de la festividad, sino por referirse á ella, manifestaremos que en uno de los elegantes aparadores del Repertorio de Música perteneciente á los Sres. Buitrón Hermanos, se veía un rotulón que decía:—"Piezas de la vajilla blasonada del Ilmo. Sr. Don Fr. Antonio de San Miguel Iglesias, antes Obispo de Comayahua en Honduras y después 33^o Obispo de Michoacán.—Murió en el año de 1804.—Morelia, Septiembre 27 de 1904."—Las expresadas piezas consistían en una sopera, y una pescadera, expuestas por el laborioso é inteligente anticuario Sr. D. Francisco León, profesor de latín en nuestros colegios.

No terminaremos esta reseña sin dar al Ilmo. Sr. Arzobispo Silva, á nombre de los Morelianos, las más ardientes y sinceras demostraciones de gratitud por haber sido el primero en conmemorar y celebrar á nuestro amado benefactor á quien los hijos de este suelo estamos tan obligados por los inmensos beneficios que derramó en nuestros antepasados.

Morelia, Octubre de 1904.

Mariano de Jesús Torres.